

*Las Condiciones Sociales en Inglaterra en el Siglo XIV,
Ilustradas por "Piers Plowman"*

*Por Roberto A. M. TERAN LO-
MAS. Colaboración especial para la
Revista Mexicana de Sociología.*

When Adam delved and Eve span,
Who was then the gentleman?

John Ball.¹

ALCANCE Y OBJETO DE ESTE TRABAJO. El presente estudio sociológico no pretende ser una exposición exhaustiva del panorama social de la Inglaterra del siglo XIV. Es precisamente en este siglo que se adivina el pronto advenimiento del mundo moderno, en que por primera vez la estructura feudal se resquebraja, y surgen nuevas voces sosteniendo, como consecuencia de reflexiones sobre la Religión y la Muerte, la igualdad formal de los seres humanos. Es en este siglo, por fin, en que por primera vez la literatura se fija en el pueblo como tema fundamental. Dice al respecto Johannes Bühler: "A partir de ahora, el pueblo se incorpora más activamente que antes a la literatura, en el plano activo y en el pasivo. Los autores se detienen gustosamente en la pintura de tipos de todas las clases sociales. Por los *Cuentos de Canterbury* del inglés Chaucer (1340-1400) desfila toda la *old Merry England*: un valiente caballero

1 Citado por John Lingard, en Ernest Rhys, "*The Growth of Political Liberty. A Source Book of English History*". Ed. "Everyman," London, 1921, p. 36; John Richard Green, *A Short History of the English People*, vol. I. ed. "Everyman", London, 1934, p. 230 y ss.

con un petimetre por hijo, un prelado de Roma, un monje de un convento rico y un fraile mendicante, sabios comerciantes, un jurista lleno de quehaceres, un apacible labrador, un molinero, un marinero, un cocinero, etc.”²

La Sociología, en el tenor literal del vocablo, es la ciencia de los hechos sociales.³ Y por supuesto que no restringe su objeto a los hechos sociales del presente —momento fugaz que de inmediato se ha convertido en pasado—, sino a los del pasado, próximo o remoto; y en confirmación de lo expuesto recuérdese, por ejemplo, la monumental *Historia de la Cultura* de Alfred Weber.

Para presentar un cuadro, siquiera parcial, de los hechos sociales, de la estática y la dinámica social de la Inglaterra del siglo xiv, nada mejor que dejar hablar a testigos calificados. Por ello, este ensayo presenta, si no todo el panorama social del siglo, aquellas facetas de las condiciones sociales de ese tiempo que con su preponderancia despertaron la atención de los grandes escritores de ese tiempo, entre ellos Chaucer, y el autor de *Piers Plowman*, llamado Guillermo Langland por la mayoría de los tratadistas de Literatura, aunque su verdadera personalidad se desconozca como si esta obra, la más fiel pintura de la sociedad de su tiempo surgiera del pueblo mismo, como las grandes epopeyas medioevales anónimas. Es que en su pintura del ambiente en que vivieron, estos autores, reflejaron, no su subjetividad personal, sino la vida colectiva, la vida del pueblo que integraban. Cabe recordar lo expresado por el profesor Luis Recaséns Siches: “. . . cuando los individuos actúan como miembros de una colectividad, lo que viven no es su propia y auténtica vida individual, sino unas especiales formas de vida humana objetivada, esto es, una forma de vida colectiva”.⁴ Y tal es el caso del autor de *Piers Plowman*, quien expresa en la forma más vívida la duda, el descontento y la intranquilidad que dominaron el panorama de la Europa Occidental hacia el fin del siglo xiv, con los espíritus influenciados por las guerras, el bandidaje, la Peste Negra, que condujeron a los campesinos a la revuelta.⁵ Sin olvidar, por

2 BUHLER, Johannes, *Vida y cultura en la Edad Media*, tr. Wenceslao Roces, ed. “Fondo de Cultura Económica”, México, 1946, p. 258.

3 TÖNNIES, Ferdinand. *Principios de Sociología*, tr. Vicente Llorens, ed. “FCE” México, 1942, p. 21.

4 RECASÉNS SICHES, Luis. *Vida Humana, Sociedad y Derecho*, ed. “La Casa de España en México”, 1939, p. 50.

5 LANG, Andrew. *History of English Literature*, ed. “Longmans-Green”, London,-N. York-Toronto, 1928, p. 100.

supuesto, el movimiento de libertad que surgió en campos y ciudades en los siglos XIII, XIV y XV, traduciéndose en la lucha de la libertad contra la servidumbre, cuyas etapas finales fueron, según Alfred Weber, el movimiento flamenco general de 1378-1382, las últimas Jacqueries, y la revuelta de los campesinos ingleses de 1381.⁶

Inglaterra en el siglo XIV. "Piers Plowman". Dimos comienzo a este estudio con la cita de los versos de John Ball, porque ellos simbolizan los sentimientos y pensamientos del pueblo inglés durante el siglo XIV. Antes de este siglo, en Inglaterra como en el resto de Europa, era principio absoluto "la separación por clases, que establece con arreglo al nacimiento la posición social y jurídica asignada al individuo y a las corporaciones de individuos dentro de las grandes comunidades, del pueblo o del estado, haciendo que cada cual pertenezca de por vida a una clase privilegiada o a una clase postergada".⁷

Inglaterra había obtenido la Magna Carta, la base sobre la cual se asienta la libertad inglesa en 1215,⁸ y ya antes los ciudadanos de Londres habían obtenido una libertad municipal durante el reinado de Enrique I.⁹ Pero mucho debía recorrerse aún en el camino hacia la Democracia, y recién nacido el siglo XIV, contempló el primer despertar de la idea de reforma social.

Piers Plowman, cuyo título completo, traducido al castellano, es *La Visión de Guillermo concerniendo a Pedro el Labrador*, es como ya hemos anticipado, un espejo de su tiempo, reflejado éste en el genio vívido e inflamado, aunque lóbrego de su autor, como dice Andrew Lang. Si queremos un mirador para contemplar la sociedad inglesa del siglo XIV, a Langland, Langleigh o Longland —démosle el nombre que le ha sido atribuido— se lo debemos pedir, sin olvidar por supuesto el aporte invaluable de Chaucer.¹⁰

Cabe recordar que en numerosas partes de su obra, Langland traduce una sincera filosofía moral. Al proponerse el Rey a su caballero "Conciencia" con la dama "Premio" (Meed), aquél rehusa, recordando las malas

6 WEBER, Alfred. *Historia de la Cultura*, tr. Luis Recaséns Siches, ed. FCE, 1941, pp. 312 a 314.

7 BUHLER, *op. cit.*, pp. 116-117.

8 CASSELL'S *The New Popular Educator*, London, 1890. vol. I, p. 204.

9 RHYS, *op. cit.*, Introducción p. IX.

10 GREEN, *op. cit.*, pp. 240 y 248; LANG, *op. cit.*, pp. 99, 101 y 102.

obras de ésta. Se postula así el bien por el bien mismo. "Conciencia", además, proclama que la Razón ha de reinar y gobernar.¹¹ Y Langland nos presenta en su Poema Alegoría de Haz-Bien (Do-Well); Haz-Mejor (Do-Bet), y Haz-Lo Mejor (Do-Best). Hace bien quien es moral y recto; y Cristo, por su obediencia a sus padres terrenales y por su trabajo como carpintero, cumplió su deber para con Dios y los hombres. Hace mejor quien obra el bien en este mundo; Cristo anduvo por el mundo curando a los enfermos (del cuerpo y el alma), y predicando la Divina Palabra. Hace lo mejor quien trabaja por la salvación de las almas: y Jesucristo brindó una luz nueva a la vida de los hombres con su sublime sacrificio. Y Pedro el Labrador, quien resulta ser Haz-bien, Haz-mejor y Haz-Lo-Mejor, aparece finalmente como un símbolo de Cristo.¹²

Una de las alegorías de *Piers Plowman* presenta el proyectado matrimonio de "Meed" (Premio o Soborno) con Falsedad. Esta alegoría muestra el estado político del tiempo. A pesar de que la semilla de la reforma estaba sembrada, que el Parlamento se encontraba definitivamente dividido en las Cámaras de los Lores y los Comunes (reinado de Eduardo III, 1327-1377), que el Rey debía consultar los Comunes para levantar impuestos, y que los caballeros de los condados habían hecho causa común con los burgueses de las ciudades, el cuerpo político se debatía en la mayor corrupción. Langland tenía la más alta estima hacia el Parlamento: parecía comprender que esta institución sería el camino hacia la libertad.¹³ Por ello parece mayor su dolor ante el panorama político. Durante los últimos años del reinado de Eduardo III, este monarca había sido un instrumento en las manos de su amante Alicia Perrers y su inescrupuloso hijo Juan de Gante con su partido, a pesar de las tentativas del Buen Parlamento, apoyado por el Príncipe Negro, para poner fin a este estado de cosas. La temprana muerte del Príncipe puso término a la obra del Buen Parlamento. Durante la minoridad de Ricardo II, se repitieron los abusos, al detentar el poder sus tíos los ambiciosos Duques de Lancas-

11 LINKLATER THOMSON, C. *English Literature*, ed. Marshall, London, 1926, vol. II, p. 17.

12 LANG, *op. cit.*, p. 105. TAPPAN, E. M. *A Brief History of English Literature*, London-Bombay-Sidney, 1931, p. 56; STRONACH, A. L. *Literature*, London-Edimburgh-N. York, 1919, p. 34.

13 MONGAN, ROSCOE, *The Oxford and Cambridge History of England*, London, 1927, pp. 74-75; GREEN, *op. cit.*, t. I, pp. 217-218; LANG, *op. cit.*, p. 102; v, también nuestra *Historia de la Constitución Inglesa durante la Edad Media*, en Revista Jurídica Argentina LA LEY, tomo 23, sección doctrina, pp. 104-107.

ter y Clarence.¹⁴ Ricardo II, teorizador del Derecho Divino de los Reyes, que proclamó, quizás influenciado por el pensamiento de Wyclif en igual sentido, que las leyes brotaban de su pecho, y que él sólo era el único competente para sancionarlas y derogarlas a voluntad, terminó siendo depuesto por un golpe de estado apoyado por el Parlamento (1399).¹⁵

Estado de las clases eclesiásticas.—Presentado el panorama político de la época, corresponde observar ahora el estado de la Iglesia o, mejor,—de las clases eclesiásticas— Langland nos introduce a una pradera repleta de personas representativas de la sociedad inglesa de su tiempo. Entre ellas había ociosos que no querían trabajar, que se convertían en anacoretas; frailes de las cuatro órdenes que predicaban a la gente y utilizaban la Biblia en provecho propio; obispos orgullosos . . . Cuando el Rey amenazó con colgar a Falsedad, éste se refugió entre los frailes. Más adelante Ociosidad es caracterizado como un cura que no recordaba su Padrenuestro, pero podía cantar una balada de Robin Hood o del conde de Chester; que olvidaba sus promesas tan pronto como las hacía; que nunca cumplía su penitencia y no se arrepentía de sus pecados; que se entretenía contando chismes en las tabernas; que podía cazar una liebre mejor que cantar un salmo, y cuyas oraciones estaban a dos millas de su corazón. Este retrato hace recordar al fraile de Chaucer, que conocía a los hidalgos, los posaderos y las mozas mejor que los leprosos sumidos en la miseria; las limosnas que obtenía lo hacían uno de los pilares de su orden. Sin olvidarnos que en cantar baladas ganaba invariablemente el premio. Este fraile de Chaucer imponía suave penitencia a los pecadores acaudalados, quienes debían recompensar a los frailes. El monje de Chaucer es un carácter singular: no le importaban una ostra las reglas de San Benedicto o los textos de San Agustín, y cazaba y cabalgaba como lo haría un seglar.

Estas descripciones de Langland y Chaucer iluminan las costumbres de los frailes y monjes de su tiempo, quienes infortunadamente habían olvidado la Palabra de Cristo y la guía de su rebaño. Los monjes estaban absorbidos en el cuidado de sus propiedades; los frailes (entre quienes se había refugiado Falsedad) eran ociosos mendigos que vagaban

14 GREEN, *op. cit.*, I, pp. 219-220; MAUROIS, André. *Historia de Inglaterra*, tr. A. Cruchaga Santa María, Santiago de Chile, 1937, pp. 203-205.

15 NEVILLE FIGGIS, John. *El Derecho Divino de los Reyes*, tr. Edmundo O'Gorman, ed. FCE, México, 1942, pp. 61-70. También nuestra monografía citada en la nota 13, p. 105.

de ciudad en ciudad dentro de los límites de su jurisdicción. Y la corrupción era tan grande que las cortes eclesiásticas establecieron una tasa anual que debían satisfacer los pecadores de su distrito, luego de lo cual eran absueltos de sus faltas. Algunos de los beneficios eclesiásticos más ricos estaban en manos de sacerdotes italianos que cobraban sus rentas y jamás visitaban sus sedes; muchos sacerdotes ingleses alquilaron sus parroquias y fueron a vivir a las grandes ciudades donde las riquezas se podían obtener con más facilidad que en el campo, especialmente después de la Peste Negra. Debe tenerse especialmente en cuenta que cuando ésta, el clero —en gran parte el buen clero del siglo XIII y principios del XIV— había sufrido grandemente (800 parroquias perdieron sus pastores, 83 de ellas dos veces, y diez de ellas trece veces en corto plazo); los nuevos sacerdotes y vicarios resultaron inferiores en educación y calidad moral a sus predecesores, todo ello dentro de una general declinación del nivel de moralidad.¹⁶

Contra los abusos descritos, Wyclif y sus discípulos levantaron sus voces. Pero no sólo condenaron los abusos, sino también se opusieron a algunas doctrinas de la Iglesia (tales como la transubstanciación). Los Pobres Predicadores o Lollardos de Wyclif difundieron las nuevas doctrinas y la versión inglesa de la Biblia obra de Wyclif y sus discípulos, predicando un socialismo evangélico que prepararía el ánimo de las gentes para la Sublevación de los Campesinos. Al respecto, ha dicho Alfred Weber, luego de referirse a John Ball, que dicha sublevación no sería imaginable sin la aparición simultánea de Wyclif, “a pesar de lo poco agradable que resultase para éste en su cátedra de Oxford el eco producido por su obra en las masas, eco que resonó en el movimiento de los Lollardos por más de cuarenta años todavía”.¹⁷

Langland respetaba y amaba a la Iglesia a quien simbolizó como una noble y majestuosa dama. Era además opuesto a la herejía de los Lollardos. Pero tenía una aguda visión, y observó el mal obrado por la corrupción de los órganos de la Iglesia; odiaba tanto, a los frailes, que los llamaba demonios, no hermanos (“Fiends, not freres”).¹⁸

16 TICKNER, F. W., *A social and industrial History of England*, ed. Arnold, London, 1937, pp. 150 y 154.

17 WEBER, *op. cit.*, p. 315. V. también, MACCAULAY TREVELYAN, George. *Historia Política de Inglaterra*, tr. Ramón Iglesia, ed. FCE, México, 1943, p. 182.

18 Nota general a todo el párrafo. LANG, *op. cit.*, pp. 101, 103, 115 y 117; MAUROIS, *op. cit.*; pp. 155-202; STRONACH, *op. cit.*; pp. 30-32; TAPPAN, *op. cit.*, pp. 53, 56 y 60; GREEN, *op. cit.*, I, pp. 221-229; THOMSON, *op. cit.*, I, ps. 9, 12, 15, 16 y 19.

La abadesa de Chaucer, Madame Eglantyne, tan delicada pero tan mundana, es una figura típica de su período. Aunque no pueda compararse con el fraile y el monje descritos por el mismo autor, era evidentemente fuera de lugar que una abadesa prestase atención a los burdos chistes del molinero y el carpintero, o se asociase con la nada santa Matrona de Bath. Al ir a una peregrinación, violaba las reglas de su orden, pero, ¿a qué pensar en éstas en el siglo XIV, cuando todos olvidaban sus deberes?¹⁹

Volviendo a *Piers Plowman*, en las escenas iniciales un perdonador presenta una bula con sellos episcopales, diciendo que él mismo podía absolver a todos de su negligencia en los ayunos y por el quebrantamiento de sus promesas (estamos en el momento de máxima corrupción de la iglesia medioeval, cuando la venta de las indulgencias). Y cuando el rey persiguió a Falsedad y a sus amigos, Mentira se refugió con los perdonadores, quienes lo mandaron los domingos a la iglesia para otorgar perdones, a cambio de peniques. Aquí, Langland, de un plumazo, pone de manifiesto lo que fué llamada la lepra de la Iglesia medioeval. Cuando Chaucer describió a su perdonador, hizo que este personaje trajera su maleta llena de “perdones calientes recién salidos de Roma”. Y este cínico perdonador llega a afirmar sentenciosamente que la raíz de todo mal es la avaricia . . .

Completamente diferente de todos los caracteres ya mencionados, eran los pobres sacerdotes de aldea, tales como el “Pobre Pastor” de Chaucer, “que antes obraba y después enseñaba la ley de Cristo, que vivía para cuidar de sus feligreses, se resistía a maldecir a aquellos que no pagaban sus diezmos, pero voluntariamente daba a quienes necesitaban, y soportaba agobiadoras jornadas para visitar a aquellos de sus feligreses afligidos por la enfermedad o la miseria”. Este hombre de bien, el mejor de todos los peregrinos de Canterbury, sabiamente observaba que si el oro (la Iglesia) se herrumbra, ¿qué sucedería al hierro? (los seglares). Y cuando el buen sacerdote objetó las blasfemias del posadero, éste sospechó que sería un Lollardo (Lang expresa que esto sugiere que los sacerdotes ortodoxos eran muy indulgentes). En su relato este sacerdote sostuvo un credo de amor y amistad, de acuerdo a los preceptos cristianos; éste, y no el regañador y detonante Lollardo, es el verdadero cristiano, dice Lang.²⁰

De estas referencias de Langland y Chaucer, se observa que un vasto número de hombres de la Iglesia habían olvidado sus deberes, dejando de

19 POWER, Eileen. *Medieval People*, ed. Pelican, Harmondsworth, Middlesex, 1938, pp. 68 a 91.

20 STRONACH, *op. cit.*, p. 29, LANG, *op. cit.*, pp. 94 y 117.

cumplir las funciones que habían desempeñado el siglo precedente. Langland nos presentó la visión de un Rey justo, quien con la ayuda de Conciencia y Razón reformaría este estado de cosas. Pero como reflexiona Lang, cuando vino el reformador, trabajó por su propio beneficio y en lugar de depurar los ministros de la Iglesia, saqueó las propiedades de ésta.²¹

Los mercaderes.—Era éste un período de gran actividad comercial. Tejedores flamencos se establecieron en Inglaterra, se sancionaron las primeras Actas de Navegación, se fundaron compañías de Comerciantes Aventureros, y comenzó el desarrollo en gran escala del comercio de la lana. Pero la corrupción ambiente había alcanzado a las corporaciones de mercaderes. Cuando en el poema de Langland, Falsedad y los suyos huyeron del Rey, Fraude fué protegido por los mercaderes. A éstos dió consejo el poeta: debían gastar en caridad los beneficios de su comercio. Las poderosas corporaciones de mercaderes y artesanos, hacían más fuertes a éstos en sus relaciones con el público; contra este estado de cosas protestó ardientemente Wyclif. Wyclif concebía a la sociedad como unidad, dirigida hacia el bien común, y observaba que en muchas ocasiones las corporaciones trabajaban en el interés exclusivo de sus miembros, oprimiendo a su clientela. Pronto las corporaciones serían substituídas por las organizaciones más poderosas del capitalismo, las cuales seguirían protegiendo a "Fraude", como lo hicieron sus predecesores.²²

Pedro el Labrador. Las clases bajas. La Sublevación de los Campesinos.—La parte más importante del poema de Langland es aquella en la cual introduce a *Piers the Plowman* (Pedro el Labrador), el sirviente de la Verdad, que habla de los deberes de los caballeros, abogados y damas, que desea ver a la Iglesia libre de ministros como los descritos más arriba, y que busca la salvación de los ociosos. Se trata de un personaje muy similar al labrador de Chaucer, que ayudaba a sus vecinos sin cobrarles nada.

Piers apostrofa a los caballeros, diciéndoles que sean suaves y condescendientes como terratenientes y señores: les emplaza a no tratar duramente a sus siervos, —y, anticipando la revuelta próxima a estallar, les advierte que obren con rapidez—, "porque aunque sea tu inferior aquí, puede suceder

21 LANG, *op. cit.*, p. 102.

22 THOMSON, *op. cit.*, t II, pp. 9 y 16; POWER, *op. cit.*, p. 164. TAWNEY R. H. *Religion and the rise of capitalism*, ed. "Pelican," Harmondsworth, 1938, pp. 31 y 259; MONGAN, *op. cit.*, pp. 75-77; MAUROIS, *op. cit.*, pp. 191-193.

en el cielo que esté colocado más alto o en mayor felicidad que tú, salvo que obres mejor y vivas como debas. Porque en el osario de la iglesia es difícil distinguir a un hombre de otro, a un caballero de un villano: tómalo bien en cuenta en tu corazón". Encontramos aquí un típico ejemplo de la idea medioeval de la muerte como Igualadora,²³ que en Inglaterra encuentra sus raíces en las últimas palabras de Santo Tomás Becket, el arzobispo mártir: "La Casa de Dios no será negada a ningún hombre."²⁴

Aunque Langland predicaba a la sociedad entera, simpatizaba con las clases pobres: conocía la vida de la pobreza en Londres, las oscuras tabernas ("donde los ociosos malgastaban su día, y los desdichados olvidaban su miseria para beber"), la triste vida del campo, los trabajadores y las pobres mujeres que trabajaban. Se quejaba de los ociosos juglares, y se describía a sí mismo deambulando por Londres, rehusando reverenciar a señores y damas, y nunca saludando a los poderosos, siendo por consiguiente considerado como un tonto. Aunque dijo que los clérigos debieran surgir de entre hidalgos y hombres libres, y no de entre los siervos, es probable que haya satirizado el espíritu exclusivo de la Cámara de los Comunes durante el reinado de Ricardo II (en este período los colegios de las universidades excluyeron a los villanos, y hasta hubo un movimiento para prohibir su ingreso a la carrera eclesiástica). Dijo que los abogados debieran defender la causa de los pobres; pero ellos sirvieron las ambiciones

23 THOMSON, *op. cit.*, p. 21. Esta idea de la muerte como Igualadora, derivada de Séneca— v. al respecto las acertadas reflexiones de María Zambrano, en *El pensamiento vivo de Séneca*, ed. Losada, Buenos Aires, 1944—, habría de encarnarse en el siglo xv en las "Danzas de la Muerte", y en las inigualadas "Coplas" de Jorge Manrique. Huizinga, citado por José Luis Martínez, al considerar los temas del lamento eterno sobre la caducidad de los esplendores terrestres, cita tres, de los cuales reproducimos dos, que aparecen reflejados en los versos de Langland; 1º: ¿Dónde están los que llenaron un día la tierra con su renombre?; 2º: El tema de la Danza de la Muerte, que arrastra consigo a las personas de toda edad y condición. Dice José Luis Martínez refiriéndose a la Danza de la Muerte (española): "La vida es, pues, tratada aquí como una danza, lo que equivale a decir, una farsa, en donde lo único verdadero es la inexorable Muerte que llegará un día a invitar a su danza a todos los hombres". Y al referirse a las Coplas de Manrique dice, glosando éste: "La vida corre —como los ríos al mar—, inexorablemente a la muerte. En ella paran iguales, tanto los poderosos como los humildes..." (José Luis Martínez, "El concepto de la muerte en la poesía española del siglo xv", en *Del Cristianismo y la Edad Media*, trabajos de Historia filosófica, literaria y artística, por Leopoldo Zea y otros, ed. "El Colegio de México", 1943, pp. 65, 77 y 101.)

24 RHYS, *op. cit.*, Introducción, p. viii..

de los Poderosos, y muchos de ellos fueron muertos por los sublevados bajo Ball y Tyler.²⁵

Green dice respecto de Langland: "Su mundo es el mundo de los pobres, se concentra en la vida del pobre, en su hambre y su faena, en su rudo regocijo y en su desesperación, con la estrecha intensidad de un hombre que no vislumbra nada más allá de ello. La estrechez, la miseria, la monotonía de la vida que pinta se reflejan en sus versos." Y agrega este autor que en el poema encontramos el evangelio de la igualdad y el evangelio del trabajo.²⁶

Es ahora tiempo de estudiar la posición de las clases laboriosas en este período de la historia inglesa. R. H. Tawney dice que la quintaesencia de la propiedad feudal era la explotación en sus forma más desnuda y desvergonzada. La Iglesia lo había condenado; los siervos no eran instrumentos vivientes, sino hombres, y todos los hombres son iguales ante los ojos de Dios. Pero la Iglesia oficial, como dice Tawney, no se extendió demasiado en el desarrollo de las doctrinas de Cristo: los abades y obispos eran a su vez señores feudales, y tenían muchos siervos en sus propiedades.²⁷

Los antiguos esclavos se habían convertido en siervos, villanos o pecheros, que estaban ligados al suelo, estando obligados a pagar dinero para obtener una licencia para retirarse del feudo en busca de oficio o trabajo; y si se rehusaban a volver cuando llamados, sus señores podían perseguirlos como proscriptos. Pero aunque podían ser vendidos "con su cría", la costumbre pronto limitó los servicios debidos al señor; y este servicio pudo ser rendido hasta por personero. Como en numerosas ocasiones los señores arrendaban sus tierras —especialmente después de la Peste Negra,²⁸ surgieron los granjeros, que recibieron el nombre de "farmers" (vocablo derivado del latín "ferma" referido a la firma del contrato), de entre los más acaudalados de los campesinos, que así se igualaron con sus antiguos señores. Y poco después aparecieron los trabajadores libres, gracias a la influencia ejercida por la Iglesia en pro de la manumisión;

25 LANG, *op. cit.*, pp. 100-104; THOMSON, *op. cit.*, t. II, p. 89; GREEN, *op. cit.*, t. I, p. 242.

26 GREEN, *op. cit.*, pp. 240-241.

27 TAWNEY, *op. cit.*, pp. 67-68. Hasta llegó a producirse el extremo de guerras privadas entre señores eclesiásticos, como la que refiere Buhler, acaecida entre el obispo de Constanza y el abad de Saint Gall. BUHLER, *op. cit.*, pp. 132-133.

28 TICKNER, *op. cit.*, pp. 154-155.

además, los siervos fugitivos que se refugiaban en una ciudad privilegiada a la cual se había otorgado una Carta, obtenían su libertad después de la residencia de un año y un día. Los arrendatarios y villanos también obtuvieron ciertos derechos: eran ahora "copyholders" (tenedores según copia) cuyas obligaciones se establecían en el registro de la casa señorial, entregándose una copia de ello al villano; pero su más cara ambición era convertirse en "freeholders" (tenedores libres).

Tal fué la situación cuando la Peste o Muerte Negra —que diezmo en toda Europa a la población campesina—, cayó sobre Inglaterra en 1348-1349. Casi la mitad de la población —unos dos millones— pereció; muchos señores perdieron sus villanos, y muchos villanos sus señores. En momentos llegó a reinar el caos; los tribunales locales no podían sesionar; las tierras no podían cultivarse, las cosechas no se levantaban y se pudrían en los campos, el ganado vagaba por éstos, rompía los cercos, y arruinaba las siembras.²⁹

Parecía al principio que las clases pobres se habían beneficiado, porque había menos trabajadores en el país, y los que quedaban pedían salarios superiores, llegando estos a subir en un cincuenta por ciento (no debe olvidarse que los precios también habían aumentado después de la peste) especialmente en los casos de artículos que demandaban mucho trabajo en su producción, porque la escasez de artesanos había resultado lógicamente en un gran aumento de sus salarios. En parte, los señores se beneficiaron porque gran número de tierras volvieron a su dominio por falta de herederos de sus tenedores. Pero también, faltaba la mano de obra necesaria para trabajar las tierras. Y además, el dinero pagado por los villanos más acomodados en conmutación de sus servicios resultaba insuficiente, por el ya expresado aumento de los salarios. Redundó esto en beneficio del "freeholder", que podía hacerse cargo de tierras adicionales; al igual que el villano que había conmutado por dinero sus servicios. Pero la suerte del villano aún sujeto a los servicios de trabajo era dura. Estos servicios resultaron sumamente beneficiosos para el señor. Debió trabajar mucho más fuerte que antes, y como dice Tickner, quizás al lado de trabajadores libres que se beneficiaban por la gran alza de los salarios. Señala Tickner que debe haber reflexionado que si él hubiese conmutado sus servicios, podría haber obtenido trabajo a tales tarifas, o habría podido cultivar tierras por su cuenta. Muchos campesinos se trasladaron a los lugares donde más se ne-

29 BUHLER, *op. cit.*, p. 128; TREVELYAN, *op. cit.*, pp. 170-180; TICKNER, *op. cit.*, pp. 149-150.

cesitaba mano de obra. Establecieron combinaciones, exigiendo salarios más altos, y mejor alimentación en pago de sus servicios. Al no obtenerlos, rehusaban trabajar, y mendigaban por las carreteras.

Ante esta situación, intervino el gobierno, pero, en lugar de proceder con imparcialidad, bajo la presión de los barones, los terratenientes y los artesanos más acaudalados, dictó en 1350 una proclama real, estableciendo que cualquier trabajador, libre o villano, que no tenía otros medios de vida, no debía rehusar su trabajo a cualquier persona que le ofreciese los salarios de costumbre, es decir, los abonados en 1347 y los cinco o seis años precedentes. Nadie debía pagar o recibir salarios más altos, bajo severas penas. Cada señor tenía la preferencia en la contratación de los hombres de su dominio, pero nadie debía tener más hombres a su servicio que los absolutamente necesarios. El año siguiente, el Parlamento sancionó el Estatuto de los Trabajadores, fijando como precio del trabajo el vigente antes de la Peste, y atando de nuevo a la tierra a los campesinos: al extremo que el trabajador que abandonaba su parroquia se convertía en fugitivo, debiéndose marcar a fuego su frente. Para compensar su severidad, proclama y estatuto intentaron retroceder los artículos de primera necesidad a su primitivo nivel. Al violar la ley los mismos señores que necesitaban trabajadores, y al dedicarse éstos al vagabundaje y a la mendicidad antes que trabajar por los salarios anteriores, se sancionaron leyes supletorias contra los señores que pagaban tasas superiores, los trabajadores que violaban sus convenios, las ciudades que albergaban a los fugitivos (recuérdese la costumbre ya citada de aquel siervo que se asilase un año y un día en una ciudad privilegiada recobraba su libertad), y los mendigos que se rehusaban a trabajar. Con todo esto, los villanos sufrieron grandemente. Aun los "copyholders", y aquellos que se habían manumitido o conmutado sus servicios: porque los señores, ante la necesidad de sus servicios, y sin escrúpulo alguno, por intermedio de los abogados que emplearon en calidad de administradores, iniciaron la cancelación de manumisiones, retro trayendo villanos liberados a una servidumbre ya cancelada. Las cortes señoriales únicamente aceptaron pruebas escritas de la conmutación de los servicios, cancelando en cuanto podían, las manumisiones, y restaurando los servicios de trabajo.

A todo esto comenzó a reflexionarse seriamente sobre las injusticias cometidas —especialmente al agravarse la situación por el surgimiento de nuevos brotes de la peste en 1361, 1368, 1369 y 1370. Más o menos en 1376 apareció el poema de Langland, que presentaba como el ser más perfecto

a un simple y honrado labrador, John Ball —a quien el cronista Froissart, cegado por el prejuicio, denominó un “sacerdote loco”— predicaba, influenciado posiblemente por los Lollardos. Ya citamos su famosa rima:

Cuando Adán cavaba y Eva hilaba,
¿Quién era entonces el gentilhombre?

Ya predicaba Ball en 1360, clamando por la abolición de la servidumbre de la gleba, e incluso hasta por la comunidad de bienes. Después de la aparición de *Piers Plowman*, intensificó su prédica, influenciado indudablemente de la doctrina de la igualdad ante la muerte, a que hicimos referencia más arriba. Sostenía John Ball que todos los hombres nacían iguales ante la naturaleza; que la distinción entre servidumbre y libertad procedía de los opresores del pueblo, y era contraria a las miras divinas; que debían abolirse las distinciones de clase, lo que resultaría en la libertad de todos, porque todos tendrían la misma nobleza e igual autoridad. Ha dicho Alfred Weber que sin la prédica de John Ball, el levantamiento de 1381 no habría sido posible.³⁰ Falta por parte de Weber la cita del poema de Langland, pues, como lo expresa Lang, aunque el autor de *Piers Plowman* “no era revolucionario”, su obra en manos de predicadores como John Ball sembró la semilla para la revuelta.³¹ Llamaban también a la revuelta mensajes rimados que circulaban de mano en mano.

En 1376 se estableció un extorsivo impuesto de capitación sobre toda persona mayor de quince años, que pesaba fuertemente sobre las clases pobres. Los abusos de los recaudadores —en muchos casos particulares que pagando una cierta suma al gobierno, adquirirían el derecho de cobrar el impuesto en su beneficio—, el descontento previo, los abusos de los señores con los villanos y la cancelación de manumisiones y conmutaciones de servicios, impulsaron a sublevarse a los hombres de Kent y Essex, quienes pronto fueron seguidos por los de Surrey, Suffolk, Sussex, Somerset y Hampshire, extendiéndose los brotes de la revuelta hasta Devon y York. Los dirigentes reconocidos de la revuelta fueron John Ball y Wat Tyler. Pedían principalmente la conmutación de todos los deberes serviles por una renta de cuatro peniques por acre, extendiéndose el plan —especialmente en el programa de John Ball— a la desposesión de los bienes de la Iglesia, la comunidad de bienes, el libre uso de los bosques, y la

30 WEBER, *op. cit.*, p. 314.

31 LANG, *op. cit.*, p. 101.

abolición de las leyes de la caza y la proscripción. Aunque, debe señalarse, la mayoría de los sublevados se hubiese contentado con la derogación del Estatuto de los Trabajadores y la liberación de los siervos. “Nuestra voluntad es que nos libréis para siempre, a nosotros y a nuestras tierras; y que nunca seamos llamados o tratados como siervos”, fué la demanda de los insurgentes al encontrarse con el Rey a las puertas de Londres.

Los sublevados marcharon sobre Londres, dejando a su paso un reguero de sangre y fuego. Pero cabe señalar que casi no hubo pillaje, y que en todas partes buscaban destruir las pruebas legales de su servidumbre, como los registros señoriales, y los símbolos del sistema, tales como los molinos señoriales donde debían moler su trigo, pagando la tasa fijada por los señores. Entraron triunfalmente en Londres, y en Mile End confirió el joven Rey Ricardo II con ellos, formulándoles promesas de perdón y liberación —que por supuesto no serían reconocidas ni cumplidas. Al recibir las cartas de liberación y perdón, los elementos más moderados, logrado su objetivo, comenzaron a dispersarse, dando ocasión a los nobles a reunir sus fuerzas. En presencia del Rey, en una conferencia celebrada en Smithfield, el Lord Mayor dió muerte a Wat Tyler. Con ello, siguiendo la dispersión, por la fuerza o las promesas, aunque la rebelión se extendió al Sudoeste de Inglaterra y a Yorkshire, como dice Trevelyan al perder su dominio en Londres, se vió condenada. Una vez que los nobles y terratenientes reunieron fuertes contingentes, marcharon de ciudad en ciudad en busca de los rebeldes: muchos fueron ejecutados —entre ellos, su doctrinario, John Ball, que fué ahorcado— y los villanos o trabajadores quedaron en peor situación que antes del levantamiento. Las cartas de libertad otorgadas por el Rey, fueron canceladas por sanguinarios tribunales, y el Parlamento —compuesto principalmente de terratenientes— no quiso consentir liberación alguna de los siervos.

El sistema social existente no subsistió mucho, aunque, señala Trevelyan, es difícil decir si el alzamiento apresuró o retardó en realidad la completa emancipación. Siguieron esporádicamente huelgas y disturbios contra la servidumbre, y debido en parte a ésto, en parte a las nuevas tendencias económicas que surgían, los terratenientes cesaron de emplear el trabajo forzado de los villanos, dejando el cultivo de la tierra a los granjeros que la arrendaban, o empleando trabajadores libres. En el siglo xv se hicieron más frecuentes los manumisiones, cayendo en desuso los tribunales señoriales y las antiguas obligaciones del sistema. Así, como lo puntualiza Tickner, la servidumbre decayó, si no de derecho, de hecho, con-

virtiéndose los villanos en “copyholders” o granjeros libres.³² Lo mismo sucedió con el Estatuto de los Trabajadores, periódicamente reimplantado por leyes que fueron sucesivamente sancionadas, entre ellas, una de 1563 —que rigió hasta 1813—, que encomendó a la Justicia de Paz la fijación de los salarios, tomando en cuenta el costo de la vida y la oferta y demanda de trabajo.³³

Damos así por terminada esta modesta reseña, de propósito esencialmente descriptivo. La Inglaterra del siglo XIV nos ha ofrecido un panorama diverso: primero corrupción y después desesperación en los tiempos de la Peste, y finalmente anhelo de liberación y dignificación humana manifestada en forma tumultuosa en la sublevación de 1381. Resuena la voz sincera y humana de John Ball, predicando la igualdad y dignidad humanas. Así, la antorcha de la libertad, que desde los tiempos de la heroica Grecia venía pasando de mano en mano, fué recogida por los campesinos ingleses, precursores de los parlamentarios del siglo XVII y los revolucionarios del siglo XVIII.

32 Con el tiempo, la jurisprudencia reconoció la plena fuerza jurídica de la abolición de la servidumbre por el desuso — a pesar de no haberse sancionado ley alguna al respecto. En un ilustrado fallo pronunciado en 1777 por Lord Mansfield, otorgando la libertad a un negro esclavo, traído por su amo desde Jamaica, y a favor de quien se interpuso un recurso de habeas corpus, se expresa: “. . . De cualquier modo, la servidumbre ha cesado en Inglaterra y no puede ser revivida. El aire de Inglaterra ha sido desde ya largo tiempo demasiado puro para un esclavo, y todo hombre que lo respira es libre”. Y en el mismo espíritu de Langland y John Ball, el ilustre juez concluyó: “Todo hombre que entre en Inglaterra tiene derecho a la protección de la ley inglesa, cualquiera sea la opresión que haya sufrido, y cualquiera sea el color de su piel: ‘Quamvis ille niger, quamvis tu candidus esses’ (Aunque él sea negro, aunque tú seas blanco). Que el negro sea puesto en libertad”. (De las Vidas de los Grandes Justicias de Inglaterra, reproducido en pp. 98-99 de *Forever Freedom*, compilación de Josiah S. Wedgwood y Allan, ed. “Pelican”, Harmondsworth, 1940).

33 Sobre la situación posterior a la Peste Negra, y la sublevación, ha sido consultada la siguiente bibliografía: MAUROIS, *op. cit.*, pp. 185-190 y 206-210; GREEN, *op. cit.*, t. I, pp. 230-239; *Popular Educator*, t. I, pp. 326-330, *The Rising of the Labourers under Richard II*, sobre la base de los historiadores Lingard y Stubbs, TICKNER, *op. cit.*, pp. 148-160 TREVELYAN, *op. cit.*, pp. 179-182; LINGARD, en RHYS, *op. cit.*, pp. 36-37.